

MANUEL BUELNA\*

## La poesía silenciada de Javier Sicilia. Protesta por los asesinatos de jóvenes en México

*El mundo ya no es mundo de la palabra.  
Nos la ahogaron adentro.  
Como te asfixiaron, como te desgarraron a ti los pulmones.  
Y el dolor no se me aparta, solo tengo al mundo.  
Por el silencio de los justos.  
Solo por tu silencio y por mi silencio, Juanelo.  
El mundo ya no es digno de la palabra.  
Es mi último poema.  
No puedo escribir más poesía...  
La poesía ya no existe en mí.*

Javier Sicilia  
2 de abril de 2011

El pasado 23 de junio se presentó la Antología titulada *Poemas para un poeta que dejó la poesía* con 69 composiciones líricas de reconocidos escritores, entre las que se cuentan una de Juan Gelman y otra de José Emilio Pacheco, obra que pretende reflexionar sobre el silencio Javier Sicilia ante el asesinato de su hijo. Javier Sicilia decidió silenciar su expresión escrita, pero no su voz. Ésta se levantó protestando a favor de la ciudadanía, ante la perceptible indiferencia de las autoridades, respecto a las víctimas inocentes de la cruzada emprendida por el ejecutivo contra las huestes organizadas por las mafias.

Estas víctimas fueron calificadas como “daños colaterales” por el Secretario de la Defensa Nacional, el General Guillermo Galván Galván, quien expresó el 12 de abril de 2010 ante representantes del Congreso de la Unión que: “A pesar de las muertes de civiles –niños, jóvenes estudiantes y adultos– en los enfrentamientos entre las fuerzas armadas y el crimen organizado, la estrategia se mantendrá, son daños colaterales que son lamentables”.<sup>1</sup>

\* Desde Lund, Suecia a 27 de junio del 2011.

<sup>1</sup> “Muertes civiles, daño collateral de Guerra “antinarco”: Galván. Martes 13 de abril de 2010. <http://www.sipse.com/noticias/41219-muertes-civiles-dano-colateral-guerra-antinarco-galvan.html>. Consulta: 4 de abril de 2011.

La muerte del hijo de uno de mis más entrañables amigos me motivó a escribir una serie de reflexiones sobre la preocupante situación de mi país natal, México, al cual dejé hace más de treinta años, pero que siempre permanece hendido en el ser como parte constitutiva del mismo.

La noticia del asesinato de Juan Francisco el 28 de marzo me impactó de manera particular, movió recuerdos, generó indignación, nostalgia, memorias lejanas sin expresión.

Javier es mi amigo inseparable de la adolescencia y temprana juventud; con él conviví los años más determinantes de mi vida. No éramos más que jovencuelos, pero Javier era admirable por su capacidad de empatía, por su profundo sentido espiritual y por su pasión a la literatura, sobre todo a la poesía. Él quería ser poeta, escritor, pensador. Tenía muy claras sus metas. Con un derroche de humildad y paciencia se fue forjando hasta pulir por completo sus diamantes. Pero Javier era más que un aprendiz a poeta. Era un muchacho de convicciones y no se conformaba con poses o etiquetas. Sabía trascender las profundidades de lo que significa una ideología.

Lo más admirable de Javier era su innato talento para la tolerancia, por eso quería, sabía y podía convivir con todo el mundo, incluso con las personalidades antagónicas. No es que fuera un diplomático forjado con la hipocresía. No, Javier buscaba y encontraba el respeto hacia los demás, aceptándolos así como cada uno era o quería ser. Desde entonces era un católico convencido, sin fricciones, porque su sabia tolerancia comprendía que las debilidades, errores o defectos del cristianismo en general, o del catolicismo en particular eran un símbolo de la humildad, no una contradicción. Javier también sabía interpretar con buena voluntad, paciencia y determinación lo que significa un Dios imperfecto. Para él no había ninguna razón de exigir la perfección para tener fe. Debo señalar que nunca estuve de acuerdo con él en este tema. Yo, a pesar de haber recibido una formación católica tradicional y conservadora, con acendrados valores católicos, había tomado la decisión de ser agnóstico y abandonar por completo los cánones litúrgicos y eclesiásticos. El hecho de que tuviéramos puntos de vista o vivencias diametralmente opuestas en lo referente a la fe no nos alejaba, más bien nos abría caminos dialécticos y de reconciliación. La tolerancia, fortaleza y valentía de Javier salía a relucir. Creíamos y Javier se empapaba cada vez más de sabiduría y conocimientos. Nuestras discusiones se hacían más profundas y existenciales. Estoy convencido de que no sería el que

soy hoy, y no hubiera tomado el camino que tomé sin haber recibido la profunda influencia que Javier dejó en mí.

En los libros de ficción se busca el asesinato perfecto. En México parece que hoy se precisa el asesinato imperfecto. Pero los criminólogos siempre intentan explicar las atrocidades y hablan de un móvil. Según las teorías de criminología, las víctimas y los verdugos siempre tienen alguna relación. Por ello muchos crímenes tienen como móvil uno de carácter sentimental: el odio, los celos, el rencor, la frustración. En otras palabras, siempre hay un por qué. Yo, al igual que una nación entera nos preguntamos ¿cuál fue el motivo de tan brutal e injusto asesinato? En la criminología se hacen perfiles psicológicos profundos de los presuntos homicidas, no para justificarlos, sino para entenderlos.

Yo me atrevería a hacer un perfil psicológico en el que hay que ir a las profundidades históricas de México para entender los motivos del malvado y espantoso crimen. El principio del esbozo del perfil psicológico me parece aún más cruel y doloroso que el mismo hecho de que Juan Francisco Sicilia Ortega haya sido víctima de estos canallas. Lo digo porque conozco en carne propia la generosidad, la tolerancia y la vocación de la inclusión total a todos y para todos de Javier Sicilia. El asesinato de su hijo se hace aún más injusto. La vocación de Javier nunca ha sido de palabra, sino de obra y no de ahora, sino de toda una vida. Me adentro en el perfil y me inclino a creer que los que cometieron la vileza de matar a siete personas inocentes no eran principiantes. La ideología nacionalsocialista de la Alemania de Hitler justificaba la aniquilación de los enemigos de la nación, entre otros a los judíos, homosexuales, gitanos, retrasados mentales u homosexuales. Se llamaba la solución final en la terminología nazi. Había toda una industria de la muerte. Los espantosos campos de exterminio. Pero incluso en esos centros escalofriantes de la muerte se sabía que los soldados o guardias encomendados a tan espantosa misión tendrían secuelas psicológicas si participaban directamente en la carnicería humana. Se optó por engañar a las víctimas conduciéndolos a unas duchas en las que eran asfixiados con gas. Una muerte aparentemente sin dolor. Los mismos prisioneros se encargaban de conducir a las víctimas a las cámaras de gas disfrazadas de duchas; cuando los cadáveres yacían sobre el suelo eran recogidos en carretones para incinerarlos directamente en los famosos hornos crematorios. Era una industria de la muerte. Pero los alemanes no participaban directamente en los momentos mortales.

Las personas que asesinaron a siete inocentes en Cuernavaca no se conformaron con matar por matar, no se conformaron con quitarle la vida a siete personas que tenían muchos años biológicos por delante, que apenas eran adultos. Eran sádicos, maniáticos endemoniados. ¿De dónde viene tanto odio? ¿Qué relación tenían con las víctimas? Me inclino a creer que el odio no era personal, sino más bien de clases. Sabiendo que México no ha sabido resolver la herencia colonial de la sociedad de castas en la que la exclusión ha sido la mejor arma para perpetuar los privilegios de unos sobre otros. Me inclino a creer que los asesinos están entrenados para matar y ya es todo un deleite denigrar a sus víctimas.

Es un mensaje terrible para la sociedad. Es una venganza de generaciones despreciadas y marginadas que hoy día tiene el poder y la voluntad de seleccionar a sus víctimas. Naturalmente que nadie que está sobrio o sano puede cometer tal atrocidad.

Por eso creo que sería conveniente que la clase política escuche claramente el mensaje del poeta, pero también de los asesinos. No es cosa de una sola tragedia personal, es una emergencia nacional, así lo dice Sicilia. La clase política, como dice Javier Sicilia en su carta abierta, no puede solucionar el problema de la criminalidad a cañonazos. Tampoco se cura el cáncer con militares. ¿Dónde están los sociólogos, los eruditos, los intelectuales, los psicólogos, los economistas, los historiadores, los criminólogos y todos los demás expertos que deberían asesorar a los dirigentes para ir al fondo de tan terrible capítulo de la historia de México? El admirable expresidente de Brasil, Lula Da Silva, hablaba de lucha contra la pobreza. Sí México lograra entender los mecanismos antiquísimos de la segregación por raza, por clase, si México pudiera entender que la exclusión genera odios y rencores, que propaga la selectividad negativa en la que las alternativas más convincentes y seguras son las más lejanas a la legalidad, si México comprende esos puntos y se pone a trabajar para lograr la inclusión de todos con oportunidades equitativas para cada uno, entonces se lograría un triunfo verídico y reconfortante. No es la guerra contra el narcotráfico, es la lucha contra la injusticia, las desigualdades, la falta de oportunidades, la exclusión y, sobre todo, la lucha contra la pobreza la que está en primera plana.

México acaba de cumplir su segundo siglo como nación independiente. Ya es hora de que la emancipación de los candados de la vigente sociedad de castas sea desterrada para siempre. Javier Sicilia es el ejemplo vivo de lo que se debe de hacer para erradicar ese lastre histórico. Yo lo admiro por su convicción y por su determinación. Las cosas no pueden seguir así. México necesita

fortalecer sus instituciones raquíticas, que la clase política no sólo llame a los militares, que llame primero a las universidades para buscar la mejor salida.

Se sabe que hay alternativas y gente muy capaz en México. Hay que buscarlas. También suplico que esa gente capaz se haga escuchar y salga a la luz, antes de que sea demasiado tarde.